

# GENESIS HISTORICA DEL EUROPEISMO

— Por Antonio Truyol Serra —

*Doctor en Derecho por la Universidad de Madrid. Fue catedrático de Filosofía del Derecho en las de La Laguna y Madrid y lo es de Derecho y Relaciones Internacionales en la Complutense desde 1957. Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y asociado del Institut de Droit International.*



**S**i por europeísmo entendemos la tendencia a superar la división de Europa en Estados soberanos y poner término a sus guerras por medio de una asociación o unión de tipo federativo, puede decirse que el europeísmo nace con la misma aparición de los modernos Estados europeos, en los siglos XV y XVI. Pero ofrece en su evolución manifestaciones y etapas diversas.

## El contexto histórico

Sabido es que políticamente Europa es la sucesora secularizada de la *Respublica christiana* medieval: lo es asimismo que Europa nació bajo el signo de la diversidad religiosa, cultural y política, presentándose como unidad en la diversidad, mientras la República cristiana gravitaba bajo el de la unidad y su diversidad lo era sobre el trasfondo de ésta. Europa se constituyó políticamente como un conjunto de Estados soberanos que, al liberarse de la tutela anteriormente ejercida por las instancias de vocación universal que eran el Imperio y el Papado, defendían celosamente su recién alcanzada independencia.

\* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología y la Energía. El tema desarrollado actualmente es el de Europa.

Ahora bien, como hemos señalado en otro lugar (1), la progresiva afirmación de la identidad cultural y de la independencia política de los Estados soberanos fue acompañada de una nostalgia de unidad que halló sus heraldos y exponentes doctrinales en una serie de autores de proyectos de organización confederal o federal del continente: proyectos paralelos a los que, yendo más allá, propugnaban semejante organización en el plano mundial. Esta nostalgia de unidad se ha hecho sentir con especial intensidad con ocasión de los grandes conflictos bélicos que periódicamente enfrentaron entre sí a los Estados europeos y, asimismo, de los consiguientes reajustes territoriales que ponían provisionalmente fin a los mismos. El trasfondo de dichos proyectos suele ser, pues, la angustia de las miserias de la guerra, tanto más escandalosas cuanto ésta se daba entre reyes y Estados que se sentían miembros de una misma entidad histórico-cultural y además claramente diferenciada del resto del mundo, un mundo que habría de ser meta de su expansión y, por la superioridad de su desarrollo tecnológico, objeto de dominación.

De todos modos, este sentimiento de pertenencia a una misma entidad histórico-cultural claramente diferenciada fue, por razones que aquí no podemos detallar, un factor que atenuaría el alcance de los antagonismos, hasta que fueron agudizándose al máximo bajo el impacto del nacionalismo, a raíz de las guerras de la Revolución Francesa y de Napoleón, llegándose así al predominio de las fuerzas centrífugas sobre las centripetas en la época del imperialismo. Este desembocaría en las dos Guerras Mundiales. La primera, por la magnitud de sus consecuencias, que algunos percibieron proféticamente, haría que el europeísmo, hasta entonces más bien intermitente y aislado, sostenido por personalidades, se convirtiera en un europeísmo como tendencia permanente y encarnado en movimientos colectivos de militancia cada vez más activa.

Los aludidos proyectos siguen ofreciendo interés porque, a lo largo de la breve referencia a los mismos, vemos asomar a la superficie de la conciencia jurídica problemas y fórmulas de solución que han conocido y experimentado las organizaciones europeas en nuestros días.

(1) *La integración europea. Idea y realidad*, nueva edición, Madrid, Editorial Tecnos, 1972.

## Proyectos de organización europea hasta el Congreso de Viena

Podemos prescindir aquí del proyecto de Pedro Dubois o Du Bois (hacia 1306), por ser todavía tributario, a pesar de su carácter precursor, del contexto bajomedieval en el cual naciera, y del de Emeric Crucé (1623), debido a la dimensión mundial de su propósito.

No nos extrañará que los dos primeros esbozos de una unidad europea en términos de la Europa moderna tengan el carácter de esbozos de transición, pues era también de transición el período anterior a la consolidación del nuevo orden interestatal que significó la Paz de Westfalia (1648). Nos referimos al que, inspirado por el aventurero francés Antoine Marini, hizo suyo (en 1461) Jorge de Podiebrad (1420-71), rey de Bohemia a partir de 1458; y al que el duque de Sully (1560-1641), antiguo ministro de Enrique IV de Francia, atribuyó a su soberano en sus *Memoorias* (entre 1611 y 1638). Ambos tienen en común el haber sido concebidos por políticos y abrigar segundas intenciones, el uno con respecto al Imperio y al Pontificado, y el otro con respecto a la Casa de Austria, en aras de un equilibrio amenazado. Podiebrad, con ocasión de presentar un plan de cruzada para la reconquista de los Santos Lugares, propugna una asociación de los príncipes cristianos dotada de una asamblea y un tribunal comunes y un ejército propio encargado de la ejecución de las decisiones. En cuanto al «Gran Designio» (*Grand Dessein*) de Sully, preveía una confederación europea basada en grupos regionales, para cuya viabilidad era un supuesto previo llevar a cabo reajustes territoriales tendentes a la creación de una igualdad, y ésta sólo podía realizarse a costa de los Habsburgos. El gobierno del conjunto correspondería a un «Consejo general» integrado por representantes de las potencias mayores (Papado, Imperio, reyes de Francia, Inglaterra y España), en una palabra, a un directorio de las grandes potencias.

Los grandes proyectos de paz y de organización internacional relativos a Europa en la época del «Antiguo Régimen» son, en su mayoría, obra de pensadores políticamente más desinteresados. Tres de ellos son de nítida inspiración religiosa y humanitaria. Van unidos a los nombres del reformador, teólogo y pedagogo checo Juan Amós

Comenio (1592-1670), del cuáquero William Penn (1644-1718), fundador en América de la colonia inglesa cuyo nombre se tomaría del suyo (Pennsylvania), y del hombre universal que fue Godofredo Guillermo Leibnitz (1646-1716).

Ahora bien, Comenio (en un escrito sin terminar que había de servir de prólogo a su «Despertar universal», *Panergesia*, escrito en 1645 y publicado en 1666) y Leibnitz (en una serie de opúsculos y cartas) se preocupan primordialmente de las condiciones intelectuales y morales que, según ellos, son previas a cualquier intento sólido de unidad de lo que Comenio designa como «patria europea»: a saber, esencialmente, la unificación del saber y la reconciliación de las iglesias. No por ello descuidan el aspecto político de la cooperación de los Estados, de la que era aspecto importante, para Leibnitz, la reorganización del Imperio como factor de equilibrio. Y, sobre todo, están abiertos al ulterior establecimiento de una armónica cooperación de pueblos y culturas de alcance ecuménico. Sin perjuicio de una fundamentación religiosa profundamente vivida, el *Ensayo para la paz presente y futura de Europa*, de Penn, publicada en 1693, en plena guerra de sucesión en España, tiene una honda dimensión política: no sólo prevé la creación de una Dieta, Estado o Parlamento dotado de un poder coercitivo, sino que lo establece sobre la base de una representación no igual, sino ponderada, de los Estados miembros, en función de su población, como la que se ha instaurado en el Consejo de Europa y en las Comunidades Europeas. Por otra parte, Penn, atento a la realidad política europea, incluye en su proyecto a Rusia y Turquía.

Otra aportación digna de mención es, poco después, el *Proyecto de tratado para hacer que la paz sea perpetua entre los soberanos cristianos* (1713; edición definitiva, 1716-17) del abbé de Saint-Pierre (1658-1743), escrito en relación con las negociaciones que condujeron a las Paces de Utrecht y de Rastatt, que cerraron el ciclo a las guerras de Luis XIV de Francia. Resumido por el propio autor en 1728, es de una lectura difícil, a pesar de lo cual logró gran difusión gracias a que también J.-J. Rousseau (1712-78) lo extractó y enjuició en sendos opúsculos. La federación proyectada, basada en la tolerancia religiosa y de espíritu legitimista, tiene como órgano supremo un Sena-

do, cuya función esencial es la de dirimir los litigios, asistido por una secretaría permanente; sus decisiones serían impuestas coercitivamente por un ejército confederal. Una idea especialmente interesante, en la época clásica de los «secretos de Estado», es la de la necesidad de la publicidad en las relaciones internacionales.

Rousseau estimaba inviable el proyecto de Saint-Pierre, por la natural resistencia de los reyes absolutos a una limitación de su poder. Una federación europea, según él, sólo podría conseguirse mediante una revolución; y ante el elevado precio que ello supondría, señalaba como alternativa una solución intermedia consistente en contrarrestar el poder de los grandes Estados gracias a federaciones de los pequeños, los únicos, por lo demás, que para Rousseau son compatibles con la libertad.

Aunque los proyectos de paz perpetua de J. Bentham (1748-1832) y de Kant (1724-1804) son de alcance mundial, no dejaron de influir, especialmente el de Kant, sobre el ulterior destino del europeísmo, por algunas de sus ideas capitales: en Bentham, la idea de la necesidad de la supresión de la diplomacia secreta, de la libertad de prensa y de información, así como del desarme efectivo, del arbitraje y del abandono de las colonias; en Kant, el principio de que la paz mundial (y, por consiguiente, también la europea, entonces determinante) requiere como condición previa una organización, y ésta, a su vez, que los Estados adopten una constitución «republicana», es decir, para Kant, basada en la división de poderes. Análogamente, el Consejo de Europa y las Comunidades Europeas exigen hoy de sus miembros una forma democrática pluralista de gobierno.

### **Del Congreso de Viena a la Primera Guerra Mundial**

También el cierre del ciclo bélico de la Revolución Francesa y de Napoleón I vió aparecer un proyecto, específicamente europeo, encaminado a asegurar una paz duradera en el continente. Titulado *De la reorganización de la sociedad europea* (1814), su autor era el conde C. H. de Saint-Simon (1760-1825), en cuyo espíritu se codeaban un profetismo progresista y un realismo pragmático peculiares. Colaboró con él Augustin Thierry. El espíritu del opúsculo está plenamente en consonancia con el de la

nueva sociedad industrial, del que Saint-Simon fue uno de los primeros grandes exponentes. El modelo histórico que tiene a la vista es la Edad Media cristiana, pero la fe en la ciencia sustituiría a la fe religiosa (a modo de nueva religión) como cimiento de la unidad. Concibe ya a Europa como Estado federal. La representación de los Estados en el Parlamento central tendría que incluir, entre otros, a científicos y hombres de negocios. Habría que prestar atención primordial a la enseñanza y a los intereses económicos. Como Kant, estima Saint-Simon que la viabilidad de la nueva realidad política europea exige que ésta sea «sistemáticamente homogénea» sobre la base del sistema representativo de tipo inglés. También el Consejo de Europa y las Comunidades Europeas imponen este principio de democracia pluralista como requisito previo a la adhesión a las mismas.

Prescindiendo aquí de las apologías románticas y tradicionalistas de la cristiandad medieval de un Novalis (1772-1801; *La Cristiandad o Europa*, redactada en 1799, aunque publicada mucho más tarde), o un Joseph de Maistre (1753-1821; *Du Pape*, 1817), y de las evocaciones de acento más o menos utópico de un futuro europeo de unidad de un Víctor Hugo (1802-85), la segunda mitad del siglo XIX asistiría a un esfuerzo de delimitación conceptual más rigurosa de la idea de una Europa unida en función de las realidades históricas de la época.

Tres nombres merecen destacarse en este orden de ideas: los del suizo germanófono J. C. Bluntschli (1808-81), del escocés J. Lorimer (1818-90) y del alemán Constantin Frantz (1818-90). Mientras el primero postula una «Comunidad europea» de estructura flexible, el segundo, en cambio, aspira a un auténtico Estado federal europeo. Por su parte, el «federalismo hegemónico» de Frantz subraya la conexión existente entre el federalismo en lo internacional y el federalismo, o por lo menos la descentralización, en lo interno. Así puede reivindicar Frantz una primacía para Alemania como aglutinante de Europa, por ser precisamente tierra de elección del fenómeno federativo frente a la tradición centralista francesa.

Un momento importante en el desarrollo del europeísmo fue el Congreso de Ciencias Políticas organizado en 1900 por la Sociedad de Antiguos Alumnos de la École Libre de Sciences Politiques de París, para conmemorar

los veinticinco años de su creación, en el que desempeñó un papel de primer plano A. Leroy-Beaulieu (1842-1912). Uno de los temas de estudio era «Los Estados Unidos de Europa». Leroy-Beaulieu, realista, no quería un Estado federal, por parecerle demasiado rígida tal estructura, sino una confederación parecida a la antigua Confederación Germánica (1818-66). Es interesante señalar que Leroy-Beaulieu, a semejanza del europeísmo de la Segunda Guerra Mundial en relación con la Unión Soviética, veía en la amenaza potencial del Imperio ruso el estímulo decisivo para tal confederación. En cambio, no creía en la conveniencia de incluir en ella a Gran Bretaña, dada la magnitud de sus intereses extra-europeos.

### **El europeísmo entre las dos guerras mundiales**

La «gran guerra» de 1914 a 1918, la primera que, por su alcance, haya sido calificada de mundial, no estimuló tanto al europeísmo cuanto a la tendencia a instaurar una organización asimismo mundial, que plasmó en la creación de la Sociedad de las Naciones (la *League of Nations* de la terminología inglesa), especialmente inspirada por las ideas del presidente de los Estados Unidos, Thomas Woodrow Wilson (1856-1924). Y aunque la guerra hubiese conmovido ampliamente el lugar central de Europa en el mundo, la no participación norteamericana en el nuevo organismo y el hecho de que por vía de consecuencia dominasen en él los Estados europeos ocultaron, en parte, que Europa estaba siendo desplazada de su anterior posición hegemónica, como resultado de la contienda. Estas condiciones, entre otras, explican el limitado alcance de los intentos de cooperación europea institucionalizada entre las dos guerras mundiales.

Tanto mayor vino a ser, de esta suerte, el papel histórico, verdaderamente de vanguardia respecto del europeísmo actual, desempeñado por el conde Ricardo Coudenhove-Kalergi (1894-1972). Coudenhove-Kalergi estaba predestinado, en cierto modo, a ello: era hijo de un diplomático austro-húngaro y una japonesa y tenía una doble ascendencia neerlandesa y griega, habiéndose formado en la Viena cosmopolita, quintaesencia de Europa en el corazón de la misma. Su libro *PanEuropa* (Viena, 1923) alcanzó una gran difusión en varias lenguas. Uniendo

la acción a la pluma, fundó el movimiento Unión Pan-europea, cuya sede, inicialmente Viena, hubo de trasladarse, después de la incorporación de Austria al *Reich* alemán por Hitler, a Basilea y luego a Nueva York.

En el mundo surgido de la Primera Guerra Mundial, los Estados europeos, según Coudenhove-Kalergi, sólo podrán seguir desempeñando un protagonismo activo si se constituyen en una Unión Paneuropea. Participa nuestro autor de la creencia (entonces compartida por algunos autores) en una crisis o dolencia, por no decir una decadencia, de Europa; pero esta crisis o dolencia no era a su juicio biológica u orgánica, sino política, y político debía ser el remedio. Los males de Europa derivaban de su división en más de veinte Estados, generadora de anarquía internacional. Había llegado a su fin la hegemonía de Europa en el mundo. El anterior sistema de grandes potencias estaba siendo sustituido por un sistema de «potencias mundiales», dos de las cuales sólo en parte eran geográficamente europeas, y las demás, extraeuropeas: el Imperio británico, multicontinental; Rusia, potencia euroasiática; los Estados Unidos de América, al frente de América; y los imperios de un Lejano Oriente emancipado o en vías de serlo, Japón y China. La afirmación de que además, sin una unión política permanente, los Estados europeos se verían abocados a una nueva guerra que significaría el fin de Europa, confirma lo certero del diagnóstico.

En cuanto a la Unión Paneuropea, indiquemos tan sólo que había de tener dos cámaras: un Consejo federal o Cámara alta, con un delegado por cada Estado miembro, y una Asamblea popular, compuesta a razón de uno a cinco delegados de los respectivos parlamentos nacionales. Otros órganos comunes serían un Tribunal federal y una Cancillería federal sometida al control de las Cámaras. La Unión tendría ingresos propios. Se preveía, además de las ciudadanía particulares, una ciudadanía europea, extensiva a los apátridas. Porque la «nación europea» que resulta de la unidad de la cultura occidental no destruiría los grupos políticos y lingüísticos existentes; antes bien, la fórmula paneuropea daría su adecuada solución a los problemas de las minorías y las fronteras, entonces tan candentes.

Bajo el influjo de Paneuropa, o independiente y para-

lamente, fueron surgiendo otros movimientos y entidades de carácter privado, que constituyen el precedente del movimiento integracionista de la segunda postguerra: así, el Consejo Económico Paneuropeo, presidido por Louis Loucheur, y la Unión Económica y Aduanera Europea, al frente de la cual estuvo Charles Gide. En este entorno fue emergiendo un europeísmo difuso que en el orden doctrinal se manifestó en una serie de libros como *Les Etats-Unis d'Europe* (Bruselas, 1927) del estadístico alemán W. Woytinski; *Europe, ma patrie* (1928), de Gaston Riou; el del conde Sforza, en el exilio, sobre los Estados Unidos de Europa (1929); los de Bertrand de Jouvenel, entre ellos *Vers les Etats-Unis d'Europe* (1930). Una serie de revistas, en varios países (especialmente en Francia, Suiza y Bélgica), defendían asimismo tesis europeístas.

Una referencia especial merece el libro *Europe* (1930), de Edouard Herriot (1872-1957), antiguo Presidente del Consejo de Ministros de Francia, porque, en la línea de *PanEuropa*, iría asociado al único intento de unión europea acometido entre las dos guerras mundiales en el ámbito intergubernamental. Recogiendo el deseo que expresara Herriot, en 1925 en la Cámara de los Diputados, de ver aparecer un día los Estados Unidos de Europa, Aristide Briand (1862-1932), ministro de Asuntos Exteriores que con Herriot había apoyado el movimiento paneuropeo, hizo en la Sociedad de las Naciones (1929) una propuesta en este sentido, que dio lugar a un memorándum sometido a todos los Estados europeos miembros de la Sociedad (1 de mayo de 1930). Sugería la creación de una «Conferencia europea» de los Estados interesados, un «Comité político permanente» y una secretaría restringida. Las respuestas fueron en general reservadas y la comisión designada para el desarrollo del plan no consiguió resultados, en un contexto cada vez más deteriorado por la crisis económica y los progresos del nacionalsocialismo en Alemania.

Como un último destello antes del cataclismo de la Segunda Guerra Mundial, dieron testimonio, de cara al futuro, de una inquietud europeísta, movimientos federalistas como los que se agruparon en torno a las revistas de inspiración personalista «Esprit» o «L'Ordre nouveau» en Francia (con hombres jóvenes: Denis de Rougemont, Alexandre Marc), «New Britain» y, en 1938, «Federal

Union», bajo el impulso de Sir William Beveridge (1879-1963) y P. Ransome, en Gran Bretaña, y algunos más en otros países, sin excluir la propia Alemania.

### La era de las realizaciones

La Segunda Guerra Mundial ha significado para el europeísmo mucho más que la primera. Y ello ya durante las hostilidades. La comunidad en la lucha contra la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista creó entre los movimientos de resistencia de los distintos países un sentimiento de solidaridad que se expresó en su prensa y publicaciones clandestinas. Pero esta solidaridad se proyectó hacia el futuro, proponiéndose como objetivo inmediato, para después de la guerra, una Europa unida de estructura federal sobre bases democráticas. Simultáneamente, brotaron por doquier movimientos federalistas referidos a Europa: así, el Movimiento Federalista Europeo (Milán, 1943) y el Comité Francés para la Federación Europea (junio de 1944, con Henri Frenay), entre otros. En Alemania se constituiría una Unión Europea de los Federalistas en Alemania, promovida, entre otros, por Eugen Kogon.

Fruto de la colaboración de tales movimientos y otras agrupaciones análogas fue el Manifiesto de las Resistencias Europeas, redactado en Ginebra entre mayo y julio de 1944, después de varios encuentros de representantes de diversos países, y según el cual importaba remediar la anarquía europea «mediante la creación de una Unión federal entre los pueblos europeos», y los movimientos que suscribían se comprometían a «considerar sus problemas nacionales respectivos como aspectos particulares del problema europeo en su conjunto».

Los años siguientes asistieron al auge del europeísmo, que a diferencia del período de entreguerras se beneficiaba ahora de un amplio apoyo popular. De él podemos decir que dio el impulso decisivo que condujera a las instituciones europeas existentes en la actualidad. El movimiento, preocupado en un principio esencialmente por prevenir para el futuro un nuevo antagonismo franco-alemán, se intensificó ante el espectáculo de las ciudades en ruinas y las economías maltrechas, añadiéndose a ello la clara conciencia (que faltaba en los años veinte) de un ocaso europeo en un mundo dominado por superpotencias imperiales y el sentimiento de indefensión ante la presión soviética, al iniciarse la «guerra fría».

Como en ocasiones anteriores durante la guerra, dio Winston Churchill (1874-1965) el aldabonazo en el discurso que pronunciara en la Universidad de Zurich el 19 de septiembre de 1946, al evocar la «Babel de voces discordantes» entre los vencedores y, entre los vencidos, «el mohino silencio de la desesperación», al pedir la edificación de «una especie de Estados Unidos de Europa», cuyo primer paso fuera una «consociación» (*partnership*) entre Francia y Alemania, seguida de la constitución de un «Consejo de Europa»; y al advertir, ante la depauperación interna y la amenaza externa, que «¡el tiempo apremia!».

Sólo podemos aludir aquí a la multiplicidad de los movimientos europeístas que en aquellos «años heroicos» proliferaron, así como a la diversidad de sus concepciones. Estas, dentro del pluralismo democrático que a todos inspiraba, iban desde una unión laxa del tipo de la *Commonwealth*, predominante entre los británicos, hasta el «pacto federal», preferido por los franceses, italianos, neerlandeses y algunos suizos, pasando por el federalismo «funcional» o «sectorial» de los que entendían que la solución anterior era prematura.

Bástenos recordar: el Movimiento Europa Unida («United Europe Movement»), fundado por el propio Churchill en 1947; el Consejo Francés para la Europa Unida, de inspiración liberal y especialmente asociado al nombre del profesor René Courtin; La Liga Independiente de Cooperación Económica, convertida luego en Liga Europea de Cooperación Económica (1946), presidida por el antiguo primer ministro belga Paul van Zeeland; Los Nuevos Equipos Internacionales (marzo de 1947), bajo la presidencia de De Schryver y que en 1965 se transformarían en Unión Europea de Demócratas Cristianos; el Movimiento para los Estados Unidos Socialistas de Europa (Londres, 1947), futuro Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa, que tuvo como presidente a André Philip. Entre tanto, Coudenhove-Kalergi había fundado (1946-47) la Unión Parlamentaria Europea, reanudando asimismo, más tarde, los congresos paneuropeos.

Así las cosas, se constituyó en París el 15 y 16 de diciembre de 1946 la Unión Europea de Federalistas con Henri Brugmans, Gaston Riou, Alexandre Marc (primer secretario), Altiero Spinelli y Eugen Kogon.

El momento culminante del europeísmo fue la conferencia de La Haya, del 7 al 11 de mayo de 1948, comúnmente llamada «congreso de Europa». Fue convocada por un Comité de coordinación de los Movimientos para la Unidad Europea que se había constituido el 11 de noviembre de 1947 entre todos los movimientos antes mencionados salvo, de momento, el Movimiento para los Estados Unidos Socialistas de Europa. Inaugurada por la princesa Juliana y Winston Churchill, participaron en la misma unos 750 delegados y observadores, de los cuales 200 eran parlamentarios.

Los trabajos de la conferencia fueron dominados por el enfrentamiento entre los «unionistas», especialmente británicos, y los «federalistas», en su mayoría franceses, italianos, belgas y neerlandeses. La moción política era de clara impronta supranacional, propugnando la transferencia por parte de los Estados miembros a la Unión o Federación de parte de su soberanía. La pertenencia a la misma suponía un régimen democrático y la aceptación de una carta de derechos humanos. Pedía la creación de un tribunal de justicia abierto a los recursos de los ciudadanos. La democracia política debía completarse con la democracia social.

Resultado de la Conferencia de La Haya en el plano privado fue la transformación del Comité Internacional de los Movimientos para la Unidad Europea en el Movimiento Europeo (octubre de 1948), en el que se integraron todas las agrupaciones antes mencionadas. Bajo la presidencia de honor de León Blum (1872-1950) y luego de Robert Schuman (1886-1963), Winston Churchill (1874-1965), Alcide de Gasperi (1881-1954), y Paul-Henri Spaak (1899-1972), a los que en 1954 se uniría en tal calidad Konrad Adenauer (1876-1967), el Movimiento Europeo ha sido el máximo exponente del europeísmo. Vino luego, el 13 de octubre de 1955, el Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa, fundado por Jean Monnet (1888-1979).

El lector habrá reconocido en estos últimos nombres a la vez los de los artífices de las primeras grandes organizaciones europeas de la postguerra. Porque, entre tanto, el europeísmo había alcanzado la era de las realizaciones concretas, especialmente con la creación del Consejo de Europa (1949), consecuencia directa de la conferencia de La Haya, y de las Comunidades Europeas (1951, 1957).